EL ROMANTICISMO EN ESPAÑA

Caracteres especiales de su desenvolvimiento en algunas provincias.

Hace algunos años, preparando en Barcelona y en Villanueva y Geltrú la edición crítica de las poesías de Manuel de Cabanyes que recientemente dí a luz [1], me dí cuenta de lo poco que había sido estudiada la historia del Romanticismo tal como se la ve en los periódicos y en los libros impresos en provincias. Este defecto lo he remediado ya en parte, dedicando un artículo a tres de las más importantes revistas provinciales de España [2]. Pero sólo ahora, después de varios viajes por tierras andaluzas y levantinas, me atrevo a intentar un desarrollo de este tema, consagrando unas cuantas páginas a cada una de las cuatro capitales de provincia en las que tuvo el Romanticismo, por decirlo así, una historia suya. Estas capitales son Barcelona, Valencia, Cádiz y Sevilla, y a ellas hubiera podido añadir otras si hubiese dispuesto de una parte del tiempo que me roban mis obligaciones. Pero este ensayo demostrará, de un modo indiscutible, cuanto interés y cuanta importancia tienen para la historia del Romanticismo las bibliotecas provinciales, la mayoría de ellas tan poco concurridas.

Para ayudar a cuantos me sigan emprendiendo trabajos parecidos a éste, publicaré en breve una bibliografía de todos los periódicos de provincias que hasta ahora he estudiado, con breves notas elegidas entre los apuntes que he sacado. Quedan muchos por ver, y entre ellos algunos que pueden ser importantes, pero de los que he sacado a luz apenas hay uno que no haya hecho su aportación, por pequeña que sea, al conjunto que aquí presento.

No puedo terminar estas líneas preliminares sin acordarme de los señores bibliotecarios y otras personas cultas de los varios centros provinciales que me han prestado su valiosa ayuda, dándome facili-

---

[1] *The Poems of Manuel de Cabanyes*, ed. Allison Peers, Manchester, 1923.

[2] «Some Provincial Periodicals during the Romantic Movement» en *Modern Language Review*, tomo XV, 1920.

dades e informes de todo género, y animándome a seguir estudiando esta época romántica a la vez tan interesante y tan llena de significación para la historia literaria. En especial quiero dar las gracias a los señores bibliotecarios de las Universidades de Barcelona, Valencia y Sevilla, a los Sres. D. Jordi Rubió, de la Biblioteca de Cataluña, D. José Deleito Piñuela, Catedrático de la Universidad de Valencia, D. Luis Cebrián Mezquita, Cronista de la Ciudad de Valencia, D. José María Valdenebro, D. Pedro Salinas, y D. José María Aguilar, Catedráticos de la Universidad de Sevilla, D. Jacobo Díaz Escribano, don Francisco Cervera, D. José Montoto, Jefe de la Biblioteca Provincial de Cádiz, y sobre todo D. Miguel Artigas, Jefe de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander.

I

BARCELONA

Aunque algo ha sido escrito ya, por diversas manos, sobre el papel que representó Barcelona en el movimiento romántico, su historia entera está lejos de haber sido relatada. Este artículo intenta examinar la pretensión que se ha formulado para Barcelona,—a saber, que era el foco más importante del romanticismo español después de Madrid,—y resumir su historia literaria durante el período en el que dicho movimiento floreció. Tendremos que referirnos con bastante frecuencia a los estudios del Sr. Churchman sobre la influencia de Byron en España [1]; a su artículo, escrito en colaboración con nosotros, sobre la influencia de Sir Walter Scott [2]; al artículo nuestro ya citado en el que se trata del *Europeo* y del *Diario de Barcelona;* y a un estudio interesantísimo por el Sr. Casella, titulado «Agli Albori del Romanticismo e del Moderno Rinascimento Catalano [3]». Estos son los resultados más importantes de las investigaciones ya hechas sobre este tema, y como su consulta puede ser conveniente, el lector debiera tenerlos a mano. El presente artículo debe ser considerado como continuación y ampliación de los citados es-

---

[1] «The Beginnings of Byronism in Spain» en *Revue Hispanique*, t. XXIII, 1910.

[2] «A Survey of the influence of Sir Walter Scott in Spain», en *Revue Hispanique*, tomo LV, 1922.

[3] *Rivista delle Biblioteche e degli Archivi*, anno XXIX, 1918.

tudios, y no intentaremos recorrer por segunda vez el terreno que ellos recorrieron.

Nuestras fuentes principales son, claro está, las revistas y demás periódicos, incluso los diarios, de aquella época. No solamente nos informan sobre las opiniones y los sentimientos de los que colaboraron en ellos, sino que también nos ayudan a apreciar la atracción inconsciente que iban ejerciendo sobre estos mismos colaboradores las doctrinas del romanticismo. La lectura de las reseñas de libros nuevos y hasta de los anuncios en los que se trata de libros, así como la de otros artículos, revelará al investigador el gusto literario de la gente. El anuncio que aparecía en cada número del *Diario de Barcelona* de la comedia o comedias que iban a dar los teatros de la ciudad en el día nos proporciona nuevos datos a este respecto: así también la reseña que solía aparecer al cabo de dos o tres días, nohace ver mejor la actitud del literato. Hasta la columna titulada «Variedades», tan familiar para el investigador, guarda entre su diverso contenido preciosos informes que nos ayudan a construir nuestra historia. Tales son las ventajas que estas investigaciones han traído. Con objeto de presentarlas del mejor modo posible dispondremos nuestra materia de la manera siguiente:

La primera sección describirá las contribuciones que los periódicos de aquella época han prestado a la literatura. Siendo estos periódicos numerosos, y proponiéndonos, como arriba va dicho, publicar en breve un índice de todos los que hemos consultado durante nuestras investigaciones en varios centros provinciales de España, solamente se hará en este artículo una selección representativa. La materia se presentará, por razones de conveniencia, consecutivamente, siguiendo un orden cronológico (alterado algunas veces con fundados motivos) y no bajo subtítulos correspondientes a los títulos de los periódicos. Luego, examinaremos los libros publicados en Barcelona durante el período en cuestión, utilizando para ello la información recogida no sólo en los periódicos, sino también en las bibliotecas, donde muchas veces los mismos libros han sido consultados. Finalmente describiremos, lo más exactamente que podamos, el curso de la opinión de las gentes que acudieron a los teatros barceloneses. De este modo nuestro estudio nos dará una idea, no sólo de las opiniones de los primeros literatos de Barcelona, sino también de otra cosa a la que frecuentemente no se atiende,—a saber, el gusto del público

para quien se escribieron novelas y otras obras y se representaron piezas de teatro.

I.—La Prensa de Barcelona (1833-1843).

El orgullo de la prensa barcelonesa durante la primera mitad del siglo XIX es, o debiera ser, el *Europeo* (1823-4). El Sr. Casella y yo hemos examinado con alguna detención esta revista, y de su contenido, independientemente el uno del otro, hemos hecho resúmenes que no sirve para nada reproducir. Baste decir que los redactores de esta pequeña revista, de vida tan corta, quienes representan, no sólo a España, sino a otras dos naciones también, dieron así por su ejemplo como por su doctrina, un ideal del romanticismo basado en un amplio conocimiento de la literatura europea pre-romántica. Si este ideal, difundido por toda España, hubiese prevalecido, hubiera podido transformar el movimiento romántico en España en un romanticismo firme, sólido, y con plena consciencia de sí mismo—lo que no llegó nunca a ser. Es verdad que López Soler en sus importantísimos artículos sobre el romanticismo entra «en tan gloriosa contienda... con el objeto de conciliar si es posible a los contrincantes». Pero López Soler era todavía joven, y siete años bastaron para transformarle en uno de los pocos románticos de toda España que tuvieran a la vez talento y entusiasmo. Los servicios que prestó el *Europeo* en la difusión de las ideas de románticos como Byron y Walter Scott, le hubieran dado por sí solos una alta posición en el movimiento romántico. Y como ya es sabido, los prestó mucho mayores.

Entre 1823 y 1833, época durante la cual, por razones políticas conocidas, había en España poca actividad literaria, no hay mucho que apuntar en los periódicos de Barcelona, hasta tal punto que en las varias colecciones que hemos registrado (y que irán detalladas en nuestra bibliografía) no hemos encontrado nada que merezca citarse,—menos, como se verá, que en Valencia, y mucho menos que en Cádiz, aunque por razones especiales nuestras investigaciones en esta última capital han sido algo más completas. Las primeras señales de un interés sostenido dadas por los periódicos de Barcelona aparecen en el año 1833.

El Sr. Casella ha escrito ya sobre el *Vapor*, periódico que no tiene gran importancia, pero que sí tiene el interés de haber sido re-

dactado desde 1833 hasta 1835 por López Soler, demostrando así una continuidad con las ideas literarias del *Europeo*. El Sr. C. ha demostrado cómo predomina en este periódico el ideal cosmopolita, cómo insiste siempre sobre las deudas literarias de España a los españoles de épocas pasadas, y cómo denuncia la violencia de algunos dramas de Hugo y Dumas mientras elogia la plácida melancolía de Lamartine o del creador de René, considerándola tema propio para el poeta moderno [1].

Nosotros mismos hemos examinado el espíritu de desengaño en la obra del poeta catalán Manuel de Cabanyes, y hemos encontrado señales del mismo espíritu en ciertas colaboraciones del *Diario de Barcelona* durante el año de 1833 [2]. Esta circunstancia es tanto más notable cuanto un tal espíritu se muestra menos en la literatura romántica de España que en la de muchos otros países.

En otros artículos nuestros hemos descrito el interés que tuvo el *Diario de Barcelona* por Walter Scott y por Chateaubriand durante el año de 1833. Podríamos también citar una larga y lisonjera reseña del *Doncel de Don Enrique el Doliente*, de Larra [3]. Pero, a mediados del año de 1834, el *Diario de Barcelona* pierde súbitamente un interés literario (fenómeno nada raro en los periódicos de la época) debido sin duda a la separación de cualquier colaborador importante. Podemos pasar del *Diario de Barcelona* al *Popular*, en el que encontraremos poco, al *Diario Mercantil de Cataluña*, que tiene algo más, o a dos periódicos de harto más valor,—a saber, *El Catalán* y *El Guardia Nacional*.

El *Diario Mercantil* contiene pocos trabajos originales de mérito, entre ellos, sin embargo, un artículo (firmado «S. B.»), titulado «Clásicos y Románticos» (5 de diciembre de 1835) [4]. Este presenta al público de Barcelona, en guisa de sátira, los principios del combate

---

[1] Véanse t. I., p. 115: «Bosquejo del estado de las ciencias en la edad media»; t. III, n.º 61; t. I, n.º 74, 91, 98, 113. *Cit.* Mario Casella, *op. cit.*, pp: 105-7.

[2] Hemos intentado descubrir la identidad de los autores de estas contribuciones; pero, a pesar de la simpática colaboración del director de dicho *Diario*, no hemos podido poner en claro este punto.

[3] Año de 1834, pág. 1411.

[4] Este artículo parece haber sido escrito especialmente para el *Diario*, pues dicho periódico no solía reproducir artículos de otros sin citar por lo menos la procedencia, cosa en que no le imitaban, por cierto, otras publicaciones de la época.

que empezaba entonces en España entre los extremistas de los dos grupos opuestos. Satiriza una típica representación de un drama moderno cualquiera, con comentarios a ella por clasicistas y románticos. Citemos el primero y el último párrafo:

Griegos y troyanos, montesgos (sic) *y capuletos, abencerrages y zegries, radicales y jacobinos, ultras y exaltados, perros y gatos, y clásicos* y *románticos,* viene todo a ser lo mismo. ¡Qué encono! ¡Qué furor! ¡Qué aborrecerse, qué insultarse unos a otros! Para el clásico todas las obras románticas son malas, son despreciables, son un repertorio de desatinos sin ligazón ni concierto; el romántico halla siempre en las producciones clásicas frialdad, insulsez, nimia y servil sujeción a unas reglas, que oponen trabas a un ingenio claro y animado, o sirven para ocultar una imaginación pobre y sin medios.

• • •

¿Creerán Vds. que hace variar mi opinión ni un punto el tremebundo exabrupto de ambos sectarios? No por cierto: me mantengo en mis trece como antes; ni apruebo ni desprecio una composición sólo porque pertenezca al linaje clásico, o a la romántica raza: me gusta y gustará siempre lo bueno (esto es, lo que tal me parezca); me desagradará lo malo, donde y como quiera lo halle, y seguiré la doctrina que en la bodega proclamaba el veterano mosquito de nuestro Iriarte:

El mal vino condeno,
Le chupo cuando es bueno;
Y jamás averiguo
Si es moderno ni antiguo.

El Catalán—diario que sólo hemos podido registrar desde 1 de octubre de 1834, fecha de su aparición, hasta 5 de enero de 1836—tiene un folletín importante, dedicado enteramente a la literatura, así como varias reseñas y artículos de interés. Sólo uno de estos últimos, firmado por «A. C. S.» (sin duda el periodista José André de Covert-Spring) citamos detalladamente, pero basta para demostrar el rumbo que daba al periódico este redactor. En el día 18 de septiembre de 1835 nos sorprende con el siguiente estallido:

El Catalán no puede permanecer indiferente ni estacionario al observar el gran movimiento del pensamiento europeo, y por su parte recibirá y comunicará el impulso de la obra universal. Ya algunas vislumbres de las Cartas escandinavas y rusas han llevado al polo norte el calor vivificante del Sol de los trópicos. La América nos ha enviado a su Cooper, hijo privilegiado de una tierra virgen, que pronto fecundará el arte, como la fecundaron ya los demás elementos de la vida social. ¿Qué lugar de la tierra no ha sentido la muerte de Goethe, de Cuvier, de Byron, de W. Scott? ¿Qué lugar del mundo no saludará con gritos de adopción a la posteridad de esos reyes de nueva dinastía, que bajaron a la tumba para renacer a la inmortalidad.

Todo está pronto para esta obra grandiosa de entusiasmo y alta poesía. Los elementos se llaman, se tocan. y sólo falta la chispa eléctrica que ha de unirlos y consolidarlos.—A. C. S.

Esta cita la tomamos de una serie de artículos (que no siempre llevan firma, pero que siempre se conocen como suyos), en los que sigue «A. C. S.» insistiendo sobre el cosmopolitismo. No hay, según él, más que una literatura en Europa: *la literatura europea.*

Ya no hay en el día una sola literatura nacional, todo límite está borrado y todos los resultados intelectuales se hallan comprendidos en Europa (21 de septiembre de 1835).

Sigue un artículo (25 de sept. de 1835) titulado «Shakespeare y la nueva escuela», en el que presenta el autor al bardo inglés como soberano de la escuela romántica:

¡El arte huye y la poesía muere! Tal es la negra idea concebida por aquellos que no comprenden el gran movimiento del siglo.

En primer lugar, responderemos, que la *poesía* no puede morir, y que el arte es eterno.

• • •

[Al contrario] en ningún tiempo tuvo el poeta que trepar a cima más alta, ni echar una mirada más atrevida sobre las masas que chocan a sus pies.

• • •

Sí la época en que nos hallamos es poética y profunda, aunque dolorosa. Y los hombres dotados... del talento especial de comunicar la poesía, demasiado lo conocieron.

• • •

¿Porqué es Shakspeare soberano de la nueva escuela intelectual?—Por su modo de despojar al hombre y a la sociedad de todos sus adornos, distinguirlos profundamente, sin privarlos de su brillo, penetrarlo y comprenderlo todo.

• • •

Esperemos que... la España regenerada volverá a ocupar el rango eminente de que tres siglos de cadenas la hicieron descender.

Luego (3 de octubre de 1835) se pone el autor a defender vivamente el teatro francés contra las acusaciones «absurdas» y «ridículas» de inmoralidad que lanzaban contra él sus enemigos. En tal actitud de defensa volveremos a encontrarle en breve.

El *Guardia Nacional,* que apareció el día 15 de octubre de 1835, con el sub-título «Eco de la Razón», es un periódico muy importante para nosotros, y lo hemos examinado con detención, pues sigue fiel a la tradición romántica algunos años. Como *El Catalán,* es un diario, siendo su objeto principal la publicación de noticias. Pero tiene un

carácter más literario que aquel periódico: las reseñas que hace de libros y piezas de teatro son más importantes, sus folletines tienen más interés, y las poesías y los artículos críticos originales que publica son más numerosos. Si estos últimos han sido copiados de otros periódicos, el hecho se señala muy raramente: es probable, pues, que la mayoría de ellos hayan sido escritos expresamente para el *Guardia Nacional* [1]. Encontramos en él varias poesías de Espronceda y Zorrilla, con otras por autores de menos celebridad [2]. El conocido «Día de difuntos de 1836» de Fígaro se publica («a petición de varios señores», 1 de enero de 1837), así como su «Fígaro dado al mundo» (30 y 31 de diciembre de 1836) y su importante «Rápida ojeada» sobre la literatura de su día (29 y 30 de marzo de 1837). De Larra hay también los «Recuerdos: Lisboa, mayo de 1835» (firmado M. J. L.), y el famoso artículo de Mesonero Romanos aparece (1 de octubre de 1837) con la firma del «Curioso Parlante».

Además de publicar tantas y tan notables muestras de literatura contemporánea original, el *Guardia Nacional* procuró educar a sus lectores en las teorías literarias dominantes a la sazón, adoptando él mismo opiniones románticas moderadas, pero de ningún modo negándose a admitir colaboraciones de carácter opuesto. Así nos permite formarnos una idea de las opiniones corrientes en Barcelona durante los pocos años en que el drama romántico especialmente floreció. Covert-Spring, aquel formidable defensor del romanticismo francés, representa la posición avanzada romántica, escribiendo, según sus propias palabras, «para quemar algunos granos de incienso sobre los altares de Byron, Hugo y Dumas» (8 de diciembre de 1835). En una serie de artículos sobre el teatro moderno, (que empieza el 19 de diciembre de 1835) defiende el drama romántico, ya francés, ya español, tan vigorosamente como ataca el clasicismo como «personificación de una crítica extravagante y demagógica». Mientras esta serie aparece, se publica otro artículo (firmado R. M., 19 de enero de 1836) cuyo objeto es protestar (como podía con justicia) contra el uso de

---

[1] Sabemos que unos cuantos de ellos aparecieron primero en otros periódicos, pero nos parece poco probable que un periódico tan respetable como el *Guardia Nacional*, aun en una época poco escrupulosa en esta materia, dejase con frecuencia de indicar la procedencia de los artículos reproducidos.

[2] García Gutiérrez, Ventura de la Vega, Eugenio de Ochoa, Roca y Cornet, Joaquín Rubio y Ors, José Amador de los Ríos, Ramón de Campoamor, etc.

las palabras «romanticismo» y «romántico» en un sentido cada vez más degradado.

Otro autor, esta vez anónimo (12 de abril de 1836), escribe insistiendo sobre el aspecto medioeval del nuevo movimiento, y otro («J.») toma irónicamente el punto de vista romántico, manifestando cuán «sensible» es a las bellezas de los artículos románticos que aparecen en las columnas del *Guardia Nacional,* y cuánto le gustan también a su hermanita (31 de agosto de 1836).

Las reseñas de los estrenos de *Hernani, El Trovador* y *Los Amantes de Teruel,* son todas favorables, publicándose entero sobre el último el conocido artículo de Larra. Pero a un crítico anti-romántico se le permitió describir la primera representación de *Don Alvaro* (5 de julio de 1837), y a juzgar por las pocas veces que este drama se dió en Barcelona, parecería que sus juicios poco favorables habían interpretado los sentimientos del público. Elogia el crítico las muchas escenas excelentes y los hermosísimos versos del drama, pero censura la debilidad de su ejecución. Sus principales reprensiones, sin embargo, versan sobre moralidad. El drama, dice, es inmoral por completo: si todos creyeran en «la fuerza del sino», ¿qué sería de la sociedad?

Hay una contestación al artículo «El Romanticismo y los Románticos», en el número del 5 de octubre de 1837. Está el autor en que se ha abusado de la palabra «Romanticismo», pero defiende la escuela misma contra todas las censuras. La considera como si tuviera un programa determinado y concreto, y arguye con elocuencia, pero habría pocos hoy que quisieran sostener que la nueva escuela ha tenido una verdadera y concreta existencia en España.

Poco hemos dicho de las composiciones originales, sobre todo las poéticas, que adornan las páginas del *Guardia Nacional.* El lector mismo puede consultar aquellas cuyos títulos hemos ya citado. En general, se puede decir que representan todos los aspectos de aquella entidad tan compleja que se llama Romanticismo. Lo sombrío y lo melancólico frecuentemente predominan; el «Cuento romántico en prosa» es una sección popular, lo mismo es el «romance histórico» (en verso). A fines del año 1837, la influencia francesa parece que va disminuyendo y el elemento medioeval empieza a predominar: este cambio de rumbo puede muy bien deberse al advenimiento del joven Manuel Milá, quien probablemente es el autor de un artículo sin firma titulado «Poetas antiguos españoles», así como de otros artículos so-

bre temas parecidos. El 23 de marzo de 1838, B. S. Castellanos publica un artículo sobre «Los Trovadores españoles», seguidos de otros muy semejantes. En el mes siguiente el P. López Clarós escribe unas «Meditaciones sobre el Romanticismo» (4 de abril de 1838), que nos recuerdan vivamente los principales artículos del *Europeo*. Refiere el autor los orígenes del movimiento romántico, y dando a éste una significación en extremo amplia, defiende vivamente sus ideales contra los de los clasicistas, de los cuales dice que han levantado un altar a falsos dioses. Sólo las composiciones románticas, prosigue, tienen el poder de mover y agitar a los que leen:

Siempre nos interesará un Walter Scott delineando las costumbres de sus paisanos... mientras consultarán los clasicistas a su Horacio, nosotros leeremos a Osián; mientras lucirán los primeros de sus Sátiros y Dannos *(sic)*, sentiremos dulce melancolía al contemplar un pórtico silencioso y la paloma del Misterio; mientras celebren aquellos sus holocaustos con sangre, nosotros admiraremos al Dios de los ejércitos en su incruente sacrificio.

De tal modo nos mueve, instruye y deleita el romanticismo [1].

Pocos días después, un artículo anónimo titulado «Shakespeare, Calderón y Dumas» intenta demostrar que los escritores románticos modernos tienen mucho de común con los que el autor considera como clásicos.

Antes del fin del año 1839, el *Guardia Nacional* se resiente de una falta de colaboradores literarios, o de una disminución de interés por la literatura de parte de su público. Podemos, pues, bosquejar de nuevo la misma época (1835-9) en el *Diario de Barcelona* con resultados parecidos a los que acabamos de describir, aunque menos sorprendentes, porque este último periódico no tuvo nunca el mismo carácter literario que aquél. En el año de 1836, por ejemplo, un co-

---

[1] Compárese una poesía que apareció en el *Guardia Nacional* el día 24 de marzo del mismo año y que dice así:

En vano pretende estúpido
El que es petulante clásico,
Del inspirado romántico
La luz y gloria ofuscar,
En vano intenta raquítico
Deslucir el alto mérito,
Y de su brillante séquito
Le quiere en vano privar.

laborador que se refugia en el anónimo descubre que hay guerra entre los dos partidos literarios opuestos:

Parece que vuelve a suscitarse entre los literatos la famosa y tiempo hace ventilada cuestión sobre la diferencia que deba darse a la literatura clásica o a la romántica, y al estilo que de una y otra deriva.

(«Clasicismo y Romanticismo»: 25 de abril de 1836.)

No pudiendo dar a ninguno de los partidos la preferencia, el autor se limita a hacer unas cuantas reflexiones, en este artículo y en el siguiente (2 de mayo), sobre la naturaleza y los antecedentes de la nueva escuela, subrayando fuertemente el elemento medioeval,—esto es, el patriótico y el nativo. Por fin, en un tercero y más importante artículo, empieza intrépidamente así:

Al extender la vista por el inmenso campo de la moderna literatura puede decirse que el siglo XIX es por excelencia el siglo del romanticismo.

(18 de mayo).

No estaría fuera de lugar reproducir el artículo entero, pero nos contentaremos con citar un solo párrafo:

Como el romanticismo no reconoce, por decirlo así, leyes escritas, a diferencia del género clásico, sino que en sus varias ramificaciones depende más bien de las leyes generales del gusto hijo de la razón cultivada; no faltan autores que prevalecidos de esta libertad la han convertido en licencia, y faltos enteramente de genio han sacrificado al placer efímero de halagar a la multitud poco conocedora la observancia de las reglas primordiales de toda composición ideal. De aquí los abusos introducidos en todos los géneros; de aquí el fárrago de escritores noveles que forjan cuentos, anécdotas y novelas, sin interés, sin gusto, sin invención, sin estilo, y a veces sin lenguaje; de aquí tantos aspirantes a inventar, como si el escribir en el género romántico no requiriese tanto genio, disposición, talento, instrucción y facilidad, como cualquier otro, y aun en cierto modo más pulso y delicadeza. Pues así como en un país en que las leyes señalan estrictamente la senda que se debe seguir no se exige de los súbditos tanta virtud como en aquel en que una libertad racional deja con menos trabas las acciones; así el escritor moderno aunque no tan sujeto a las reglas severas de la composición vese obligado por la libertad misma de escoger su senda, a ser más ingenioso y circunspecto. Fáltale, por lo común, la gala de la versificación, y el aparato heroico de los clásicos: quédase como aislado en su propio ingenio: con la novedad, belleza o travesura de su invención ha de captarse el interés, la admiración y la gloria. Dése una ojeada sobre los autores que han adquirido celebridad en una época tan difícil de obtenerla, y se conocerá si nuestra proposición es o no aventurada.

En el *Diario de Barcelona* se publicaban resúmenes de las sesiones de la Academia de Buenas Letras, los cuales nos revelan la atrac-

ción que ejercen sobre literatos serios autores como Chateaubriand [1]; y el mismo periódico, como pronto veremos, nos demuestra una disminución en la popularidad de varios autores franceses más «románticos» que el autor de *Atala*. La mención simultánea de esta Academia y de Chateaubriand nos recuerda que entre los literatos que influyeron sobre el público de Barcelona en el sentido anti-francés sobresale no sólo Milá y Fontanals, sino también Roca y Cornet, íntimo amigo del malogrado poeta Manuel de Cabanyes. Las tendencias religiosas de Roca y Cornet no son menos responsables de estas ideas, que sus inclinaciones a la novela histórica. Entre 1838 y 1840 leía Roca y Cornet constantemente ante la Academia versos que podríamos citar en testimonio de esto. Pero el testimonio más notable lo encontramos en el resumen de una disertación leída por Roca y Cornet ante la Academia sobre el estado actual de la literatura (19 de noviembre de 1837 [2]).

---

[1] El día 20 de abril de 1837, por ejemplo, (según el *Diario de Barcelona* del 10 de mayo del mismo año) D. Ramón Muns leyó ante la Academia un «juicio o examen crítico de *Veleda*, episodio del poema de *Los Mártires* de Mr. Chateaubriand, precedido de algunas reflexiones acerca del *Genio del Cristianismo*, del mismo autor, exponiendo la índole particular de ambas obras, los singulares efectos que produjeron y aventurando algunas ideas en orden a la espinosa y reñida cuestión de los *poemas en prosa o prosa poética*, que a la par de la de los *clásicos y románticos* tiene divididos a nuestros literatos».

[2] Véase *Diario de Barcelona*, 19 de noviembre de 1837:

Analizando después los defectos que más afeando las obras de literatura en los pasados tiempos, descendió finalmente a la escuela moderna, haciendo ver que, proponiéndose ésta ensalzar las bellezas históricas con las galas poéticas, requiere todavía más pulso y talento para huir del defecto que se trasluce en aquellos que, olvidados de que toda imitación para ser bella no ha de separarse de la naturaleza y por lo mismo de la verosimilitud, aspiran a figurar en este género característico del siglo, traspasan todas las leyes del gusto, amontonan ideas inconexas y ridículas, pugnan por explicarlas con palabras vacías de sentido, y llegan al necio extremo de dar el nombre de insípidos a los modelos, cuyas bellezas no son capaces de apreciar ni de percibir siquiera.

Compárese con esto otro discurso de Roca y Cornet, *Diario de Barcelona*, 27 de abril de 1840:

Voy a probaros prácticamente que soy enemigo del exclusivismo, mayormente en asuntos literarios, y que tengo afición a todo lo que siento bueno, sin catarme ni de su fecha ni de su origen...

Uno de los genios que más han influído en el gusto moderno, es, sin duda, Alfonso de Lamartine. No ha mucho tiempo que una oportunidad feliz me proporcionó someter a su propio juicio la traducción de una de sus mejores *Armonías*. El Sr. de Lamartine se sirvió agradecer mis esfuerzos.

Un artículo muy largo de Roca y Cornet sobre Byron en una verdadera revista (es decir, en el sentido moderno de la palabra) nos revela al poeta inglés mirado por este crítico como «genio frenético y sublime», «fanfarrón de crímenes», hombre que «en cierto modo inauguró la inmoralidad poética que debía dominar la literatura de su siglo».

Después del año 1843, cualquier personalidad que haya tenido el movimiento romántico quedó indudablemente perdida. Para los años 1840-3, los últimos de su verdadera boga, las fuentes principales, además de las ya enumeradas, son las siguientes: *La Civilización, El Constitucional, El Diario de Avisos del Nacional* y *El Museo de Familias*. El primero de estos periódicos es francamente indiferente al romanticismo; basta con decir que llama a Martínez de la Rosa el primer literato de España. (Tomo III, pág. 212, 1843). *El Constitucional*, al contrario, traduce a Byron, y publica poesías de Espronceda, con otras varias por autores de fama local, como Víctor Balaguer y el valenciano Juan Arolas. *El Diario de Avisos del Nacional*, sin manifestar indiferencia por los dramaturgos franceses, que aún teníau popularidad, atiende mucho más a la boga creciente de la novela histórica. Lo mismo se puede decir de *El Museo de Familias*, que por su tono cosmopolita recuerda también al *Europeo*. Se interesa profundamente por Walter Scott [1], por la literatura medioeval de España [2] y la literatura moderna de Alemania [3]. Cuando su breve vida llegó a su fin con el quinto tomo, había intentado ya el *Museo* abordar temas tan ambiciosos como una «Comparación entre las literaturas de los diversos países del globo» [4], una «Historia del Drama» [5] y una «Ojeada histórico-crítica sobre la literatura italiana [6]. ¿Quién sabe hasta dónde no hubiese podido alcanzar si su estado financiero no lo hubiera obligado a incorporarse al *Album pintoresco universal*?

---

[1] Véanse tomo I, págs. 354-9, tomo II, págs. 214-223.

[2] Véanse tomo II, págs. 324-30, tomos IV, V, *passim*.

[3] Véanse tomo II, págs. 480-3 («Literatura alemana»), tomo IV, págs. 136-8; tomo V, págs. 193-204.

[4] IV, 10-17.

[5] IV, 374-383.

[6] V, 250-267.

II.—Libros publicados en Barcelona

Los resultados del examen que acabamos de hacer nos hacen vivamente sospechar que en Barcelona, durante la década 1833-43, una concepción del romanticismo (la que incorporaba los ideales nativo, medioeval e histórico), ganó mucho sobre la concepción, en otras partes más popular, de un producto exótico que era en gran parte francés y que se prestaba fácilmente a la exageración. Un examen de los libros publicados durante esta misma época transformará esta impresión en seguridad, y aunque el golpe de vista que vamos a dar en seguida al teatro pueda modificar nuestras opiniones (siendo el caso que el ideal exótico entró principalmente por el drama), es imposible que las pueda cambiar del todo. Conviene, pues, formular aquí la principal conclusión a la que nuestros estudios nos han conducido y que es esta: *En Barcelona el movimiento romántico permaneció fiel a los ideales simbolizados por el «Europeo», y el ideal nativo, siempre predominante en esta capital, logró por fin una ascendencia casi completa sobre el ideal exótico.*

Podemos probar esta conclusión de varios modos. Uno de los más interesantes es el de hacer una comparación de las traducciones barcelonesas de Byron y de Scott respectivamente. Byron representa, claro está, el romanticismo «violento» e «inmoral», que solía en general pasar a España desde Francia (o por lo menos a través de ella) y que los adheridos a la escuela antigua se complacían en denunciar. El entusiasmo en España por Walter Scott, al contrario, le inspiró principalmente el deseo de que sus trabajos fuesen imitados por los españoles mismos, quienes relatarían en su propio idioma leyendas y episodios históricos de España [1].

Ahora bien. Fíjese el lector en esto. A pesar de la popularidad inmensa de Byron en España, sólo se conoce *una* traducción de sus

---

[1] Consúltese *El Vapor*, 24 agosto 1833, sobre una poesía escrita en catalán (una de las primeras que en dicho periódico se pueden leer): «Esta composición, escrita para celebrar los días del Sr. D. Gaspar Remisa, es obra de la selecta pluma de D. Buenaventura Carlos Aribau. La presentamos a nuestros lectores *con el patriótico orgullo con que presentaría un escocés los versos de sir Walter Scott a los habitantes de su patria.*»

obras que se publicó en forma de libro en Barcelona antes de 1850 [1]. En cambio, de las novelas de Scott hemos reunido nada menos que *veintidós* traducciones publicadas en Barcelona durante los mismos años, representando esta colección la labor de siete editores. Es decir: las obras de Walter Scott las leyó, se las asimiló y además las emuló Barcelona como ninguna otra capital de provincias: las obras de Byron encontraron en Barcelona pocos lectores, y sólo un editor que quisiera difundirlas.

Otra prueba de igual valor es la de las traducciones de Chateaubriand. Este autor representa en España el ideal pre-romántico, el espíritu religioso y moral, las concepciones cosmopolitas del *Europeo,* de modo que les parece a los españoles de entonces casi la antítesis de Víctor Hugo y Byron, por no decir de Dumas, Ducange y otros escritores de menos valor, y en esta época de más celebridad. La capital en que alcanzó su mayor boga Chateaubriand fué Valencia (como demostraremos en el segundo artículo de esta serie), pero a pesar de esto salieron de Barcelona nada menos que *doce* distintas traducciones, antes de la fecha con que terminamos nuestro estudio de los periódicos. Del gran número de citas que podríamos dar, sólo extractamos dos, representando las fechas de 1841 y 1847 respectivamente:

Cooper, Walter-Scott y Chateaubriand no pasarán jamás... El genio de Chateaubriand *es lo bello y lo sublime...* El genio de V. Hugo es *lo feo y lo horrible.*

(La Civilización, III,145-186, 1841).

Por entre todos los escritores de este siglo, sobresale por sus gigantes proporciones Mr. de Chateaubriand, y no hay uno solo que pueda disputarle la palma del saber, ni del bien decir.

(Revista Barcelonesa, pág. 357, 1847).

Ahora, para apoyar aún más nuestra tesis, enumeraremos las publicaciones más notables de la década 1833-43:

En los años de 1833 y 1834 el autor que suscita mucho más atención que ningún otro es Walter-Scott. La larga serie de traducciones publicada por Bergnes había sido inaugurada en 1832, y el *Ivanhoe* de 1833 sale bien anunciado y se dedican a él reseñas muy favorables. Hay anuncios o breves reseñas, además, del *Carlos el Temerario,* de

---

[1] *El Sitio de Corinto,* traducido del francés al castellano. Barcelona, imp. de M. Sauri, 1838.

1831, que se publicó, no en Barcelona, sino en Madrid, y de nada menos que ocho traducciones barcelonesas que no es preciso enumerar. Inmediatas a las obras de Walter-Scott en importancia vienen las de Chateaubriand, y luego las novelas históricas españolas nacientes. El *Diario de Barcelona*, por ejemplo, dedica una de sus reseñas más largas al *Doncel de Don Enrique el Doliente* [1]. En los años posteriores a 1834 hay muchos anuncios de novelas históricas originales o traducidas, algunas de las cuales ahora no se conocen. El año de 1838 es excepcionalmente prolífico en tales noticias. Se pueden citar algunos títulos representativos:

La heredera de Sangumi. Romance original del siglo XII, por Juan Cortada. (17/2/36).

Novela histórica del siglo XIV, original de Juan Cortada. (11/1/38).

La Abadesa, Novela de Ireland *(sic)*. (30/1/38).

El Nigromántico mejicano. Novela histórica de aquel imperio en el siglo XVI, por J. P. (23/2/38).

El Almirante de Castilla. Novela histórica escrita en francés y traducida libremente al español. (28/5/38).

El Artista. Novela histórica escrita en francés por Roger de Beauvoir y traducida al español. (2/8/38).

Gerardo de Nevers y la bella Euriana: historia romántica, traducción libre del francés (2/1/40).

Inés de Castro. Novela histórica, por la Condesa de Genlis. (18/3/40).

En estos mismos años hay también un número considerable de traducciones del francés. Las más frecuentemente anunciadas son las traducciones e imitaciones de d'Arlincourt [2], pero Víctor

[1] Véase el año 1834, pág. 1411. Empieza la reseña: «Al fin hemos podido entender una novela entre tantas como se nos presentan diariamente y cuyo sentido nos esforzamos en vano en desentrañar». La novela es obra de una «imaginación brillante», dando «pruebas no equívocas de grande facilidad y de grandes talentos». El primer capítulo, según el crítico, es «absolutamente inútil». Con el segundo, sin embargo, empieza la acción «con una magnífica pintura llena de viveza, de saber y de poesía, y jamás descansa hasta concluir al fin del último tomo».

[2] Por ej., 4/3/35, Traducción intitulada «Los rebeldes en tiempo de Carlos V»; 18/5/35, Imitación de D'Arlincourt por D. F. B., intitulada *El Bandido;* 10/8/36, Traducción por Altes y Gurena de *Le Double Roi.* («Un trono y dos reyes»); 9/12/37, Traducción anónima intitulada *La Noche de Sangre* («Delicada sátira contra los extravíos románticos de las mujeres... Es su lectura de sumo interés, lo mismo que todas las demás producciones de Arlincourt, lo que la hace digna de feliz aceptación»); 22/9/40, *Los Tres Castillos,* traducida por Ronquillo. (Constitucional); 30/7/41, *Ida y Natalida,* por el Vizconde d'Arlincourt, traducida por D.ª J. V. Maturana de Gutierrez.

Hugo [1], J. J. Rousseau [2], Nodier [3], Soulié [4], Georges Sand [5], Dumas [6] y Sue [7], están también representados. A fines de 1840 aparecieron las primeras traducciones de las obras de Lamartine. Pero el autor traducido con mayor frecuencia durante esta época en Barcelona (salvo las citadas excepciones de Scott y Chateaubriand) fué indudablemente Scribe. Hemos examinado las traducciones siguientes:

La heredera, trad. J. A. F.—Narciso Oliva, 1831. 2.ª edic. 1834.
Diez años de la vida de una mujer.—Ignacio Estwill, 1835.
La pasión secreta, trad. Sánchez de Fuentes.—Oliveres, 1837.
Estela, trad. Marcelo Garcés.—I. Estwill, 1839.
La Calumnia, trad. Carbó.—Manuel Saurí 1840.
En el pecado la enmienda.—M. Saurí, 1841.
Los Independientes, trad. N. Castellar del Río.—J. M. de Grau, 1842.

Por fin nos permitimos extractar dos anuncios más:

Horas de invierno, colección de cuentos extranjeros traducidos por D. E. de O[choa] traductor de las obras de Víctor Hugo (13 de enero de 1837).

Biblioteca romántico-moderna, o sea colección de escenas pintorescas de diversas naciones (1 de abril de 1837).

También, en el número del día 9 de noviembre de 1837, encontramos el prospecto del nuevo *Teatro antiguo español* que debía desempeñar un papel tan importante en el desarrollo del ideal nacional del romanticismo.

E. Allison Peers.

(Se continuará).

Universidad de Liverpool.

---

[1] «El primer genio romántico del día» *(Diario de Barcelona,* 18 de febrero de 1840). Véanse también 6 de febrero de 1840: «El último día de un reo de muerte»: una de las más preciosas joyas que adornan la moderna literatura francesa. El lector siente oprimido su corazón, se enternece y llora; 18/2/40, *Nuestra Señora de París.*

[2] 15 de octubre de 1840.

[3] 10 de febrero de 1840.

[4] 7 de mayo de 1840.

[5] 21 de agosto de 1837; 30 de noviembre de 1837.

[6] 30 de diciembre de 1837; 18 de octubre de 1838; 1 de agosto de 1840; 4 de diciembre de 1840.

[7] Véase un artículo biográfico y crítico en la *Revista Barcelonesa,* II, 79:—«Sue, el genio criador que hoy da pábulo a todas las prensas de Europa, y a la crítica de los literatos de todas naciones»